

Diciembre 2019 - Enero 2020

Putin se perpetua en el poder.

Putin sigue en el poder después de 20 años y, al parecer, quiere quedarse otros más con los rápidos cambios constitucionales que propuso, aunque antes había dicho que no era necesario modificar la carta de 1993. La prisa de Putin es el llamado "problema de 2024" o dicho de otra forma, cómo podrá permanecer en el poder después de que su mandato haya expirado. Según la Constitución rusa, tras dos mandatos de seis años, nadie no puede postularse nuevamente.

Para ello ha planteado varias correcciones políticas fundamentales: la cámara baja del Parlamento, la Duma del Estado, debería recibir más poderes (sin ser una república parlamentaria) y, en el futuro, decidir quién será el primer ministro y quiénes integrarán el Gobierno. Hasta ahora, ha sido responsabilidad exclusiva del Presidente, quien pierde "poder". Evidentemente, Putin supone que tendrá a la Duma siempre a su favor.

Al mismo tiempo, Putin propuso que los futuros candidatos presidenciales deben haber estado viviendo en Rusia durante al menos 25 años y no tener ninguna otra nacionalidad, por ejemplo. Esto está claramente dirigido a excluir a políticos de la oposición en el exilio, como Mijaíl Jodorkovski. También los ministros y parlamentarios deberían tener solo la ciudadanía rusa, supuestamente, para que Occidente no pueda chantajearlos. La sugerencia de Putin de que la Constitución otorgue primacía a la ley rusa por encima del derecho internacional apunta también, claramente, a continuar la confrontación con Occidente y sus normas internacionales (DW enero 2020).

Este nuevo sistema de poder abre dos caminos concebibles para Putin: podría, como ya hizo entre 2008 y 2012, convertirse en primer ministro con la venia de la Duma. O hacerse elegir a la cabeza de otro órgano, en este caso, el Consejo de Estado, cuyos poderes pretende ampliar en esa nueva Constitución. La variante que más le acomoda la desveló el propio Putin en su discurso sobre el estado de la nación. Propuso acuñar en la Constitución el Consejo de Estado, órgano consultivo presidido y creado por el actual Jefe del Estado tras su llegada al poder hace dos décadas. Desde ese puesto, como si fuera el politburó o el comité central del antiguo Partido Comunista (el Consejo Estatal acoge entre otros a los presidentes de la Duma y el Senado y a los líderes regionales), presidiría la implementación de los proyectos nacionales: léase un presidente en las sombras.

Tras los anuncios de cambios constitucionales, la transición vertical de Vladímir Putin comenzó con la confirmación oficial de Mijaíl Mishustin como nuevo primer ministro de Rusia en reemplazo de Dimitri Medvédev. También fueron relevados otras dos figuras denostadas como los titulares de Cultura, Vladímir Medinski, cuya cabeza había sido solicitada en numerosas ocasiones, y Deportes, ya que Pável Kolobkov nunca fue capaz de

poner orden en la lucha contra el dopaje, lo que le ha costado a Rusia cuatro años de aislamiento internacional y dos Juegos Olímpicos (El País de Uruguay 22/01/2020).

Mijaíl Mishustin, funcionario gris de 53 años, además de plata, ha hecho una carrera entre los despachos de la administración pública (algunos privados) y el gobierno, ahora tiene que formar un equipo de gobierno y presentárselo al presidente ruso. Mishustin ha dirigido en los últimos años el Servicio Federal de Impuestos, y a él se le atribuye la modernización de la Hacienda rusa, ser un computín (dirigió un laboratorio de pruebas informáticas) y ser compañero de hockey sobre hielo de Putin, entre otros. A Mishustin se le compara con Mijaíl Fradkov o Víktor Zubkov, primeros ministros de paja de la pasada década (La Vanguardia 17/01/2020).

Putin firmó su nombramiento después de que se sometiera al examen de la Duma, que con una mayoría aplastante del partido gubernamental Rusia Unida, salió validado: 383 diputados votaron a favor mientras que 41, todos del opositor Partido Comunista, decidieron abstenerse. Nadie votó en contra.

Un país a la medida o con una democracia imperfecta

Un artículo de ABC Internacional (08/12/2017) explicaba el por qué Rusia era una democracia imperfecta mientras estuvo al frente del Kremlin Boris Yeltsin. Incluso extiende este atributo democrático parcial a parte importante de la época soviética de la “Perestroika” de Mijaíl Gorbachov. Pero, agrega, que cuando Vladímir Putin entró en escena en 1999, al ser nombrado primer ministro por Yeltsin y luego en menos de un año electo presidente para su primer mandato (2000), la incipiente democracia rusa empezó a declinar hasta llegar a la actual situación de “democracia virtual” como la denominan los opositores al régimen.

Por qué se habla de democracia virtual. En primer lugar, dice ABC, porque para que cualquier sistema político pueda ser considerado una democracia tiene que haber división de poderes. En la Rusia de Putin existe, pero es solo en apariencia. Tanto el Gobierno como el Parlamento y la Justicia están supeditados directamente al presidente, pese a que sobre el papel cada uno de ellos es independiente.

En segundo lugar, porque si bien la Constitución rusa es democrática, el poder retuerce su espíritu y la interpretación de sus artículos. Según la Carta Magna rusa, por ejemplo, cualquier persona que no esté fuera de la ley, sea ruso y tenga la edad establecida, puede ser candidato a los puestos de elección popular. Sin embargo, las leyes aprobadas para desarrollar ese mecanismo le exige a los candidatos de fuerzas extraparlamentarias 300.000 firmas de apoyo para postular. Si lo logran, el filtro es la Comisión Electoral Central, también bajo el total control del Kremlin, quien comprueba la validez y autenticidad de las firmas y

echa para atrás las necesarias por “errores” menores. Por último, también se puede recurrir ante los Tribunales por la decisión de la Comisión Electoral, pero también allí está la mano del Kremlin. Otra forma de limitar la competencia es iniciando causas penales contra competidores.

Otro derecho recogido en la Constitución es el de reunión y manifestación, pero este es vulnerado particularmente tras las multitudinarias movilizaciones que estallaron después de diciembre de 2011 como respuesta al fraude electoral en las elecciones del 4 de diciembre. Hubo manifestaciones en más de 69 ciudades rusas. Putin calificó las protestas como ilegales y hubo miles de personas detenidas. A la vez promovió un paquete de leyes realmente restrictivas las que obligan a pedir permiso para llevar a cabo manifestaciones e incluso conferencias y congresos de fuerzas políticas, determinando de antemano el número de participantes que tendrá el evento, algo a todas luces imposible. Todo queda al arbitrio de las autoridades, que pueden rechazar las solicitudes. Por otro lado, y con el pretexto de garantizar la seguridad, la policía dificulta el acceso a los lugares de concentración con detectores de metal. Hay varios activistas en la cárcel por el simple hecho de haber participado en actos “prohibidos”, aunque hubiesen sido pacíficos. Ahí están las Pussy Riot por ejemplo. Los partidos opositores tienen que superar ser registrados en el Ministerio de Justicia, trámite imprescindible para poder desarrollar su labor política dentro de la legalidad.

En tercer lugar y no menor de la idea de la escasa calidad de la democracia, es el estado de la libertad de expresión y de libertad de prensa. Cualquier pronunciamiento, aunque sea lejano a la violencia, al terrorismo o a cualquier expresión de odio, puede, no obstante, ser tachado de «extremista» por un departamento creado al efecto dentro del Ministerio del Interior, lo que conlleva en ocasiones duras penas de cárcel. También es fácil ser acusado por difamación. De ahí que los medios de comunicación tengan que practicar una autocensura muy estricta. Por otro lado, las principales estaciones de TV y grupos mediáticos están en manos de monopolios y empresas leales al presidente. Por eso, al único que se le ve por todas partes es a Putin, no solamente por su cargo, sino también durante las campañas electorales. Los demás candidatos aparecen poco o en circunstancias negativas. Hasta los sondeos, que dependen financieramente del poder, son manipulados.

Putinismo

Algo que pasó desapercibido en los cambios propuestos por Putin en la Constitución, fue un artículo en virtud del cual los tratados internacionales no serían cumplidos por Rusia si su contenido se contradice con la Carta Magna o viola los derechos de los ciudadanos. Dicha propuesta fue interpretada como un reforzamiento del aislamiento del país en el marco de la mentalidad de “fortaleza asediada” que ha cundido en este país desde la anexión de

Crimea (2014) y que provocó una andanada de sanciones occidentales con importantes efectos negativos internos y externos.

Al final, en todo caso, la principal crítica que se le hace a Putin es no haber elegido un sucesor y allanar el camino para una transición indolora, en la que una nueva generación de políticos asumiría las riendas del país, Putin conserva su influencia y demuestra que el sistema político no puede funcionar sin su arbitraje.

Entonces y como lo expresa Mira Milosevich en un artículo del Real Instituto El Cano (09/02/2018), la definición más adecuada del sistema político ruso hoy sería la de “putinismo”, un Estado *híbrido* y modernitario (palabra compuesta de modernización autoritaria) de régimen autocrático, que refleja el papel personal de Vladimir Putin en su creación, desde su llegada al poder en el año 2000. El “putinismo” es la consecuencia del fracaso de Rusia en la transición a la democracia en los años 90 y de su legado histórico imperial.

Milosevich dice que la Rusia actual ha pasado por dos fases desde la llegada de este ex agente de la KGB (policía secreta soviética) al poder. Así, desde el año 2000 hasta el conflicto de Ucrania y la anexión de Crimea en 2014, la imagen de Putin fue la de salvador de Rusia y del pueblo ruso, librándolos de sus fuerzas destructivas internas y externas, de la corrupción y la influencia de los oligarcas en los asuntos del Estado, de los movimientos independentistas musulmanes del Norte del Cáucaso y de la influencia de Occidente. Sin embargo, desde 2014, dado el empeoramiento de la situación económica en Rusia a causa de la bajada del precio del petróleo y de las sanciones económicas, Putin se ha convertido en un guerrero, un líder que se propone recuperar el prestigio internacional de Rusia mediante intervenciones militares en Ucrania y Siria: es decir de voluntad expresa y demostrada de usar la fuerza militar convencional y los instrumentos asimétricos de la guerra híbrida y de la guerra de información para cumplir los objetivos rusos en la política exterior: recuperar las *zonas de influencia* en el espacio post soviético y la concepción imperial de gran potencia en el ámbito internacional.

Tendencias: se observa con claridad que Putin no tiene ninguna intención de abandonar el poder en su democracia virtual.

